

Respuesta al Discurso de Ingreso en la Academia Dominicana de la Historia del Arq. Eugenio Pérez Montás

(Santo Domingo, miércoles 31 mayo 2000).

R. P. José Luis Sáez, S. J. (ADH)

La arquitectura es una música congelada.
Johann Peter Eckermann (1829)

Nadie quisiera que nuestras ciudades remedaran aquellos decorados fríos y vacíos que popularizó el cine del Expresionismo alemán de los años veinte, y se parecían tanto al Art Déco de esa década y la siguiente en Francia y Estados Unidos. Al menos a nosotros, de este lado del gran charco nos gusta rodearnos de huellas y señales del pasado, aunque muchas veces cataloguemos a casi todas de manera bien simplista como ruinas, aunque luzcan tan frescas y bien conservadas como esos cuatro portales que acabamos de recordar.

Cuando hablamos de ruinas, además de resonar en mi oído las inevitables estrofas de Salomé (“soberbios monumentos, del pasado esplendor reliquias frías”), hablamos de un pasado que no habla nuestra propia lengua,

de un signo que quizás ha perdido hace tiempo la capacidad de significar. Y por eso se nos vuelve ajeno (alieno), y lo que es peor, como sucede con las estatuas o las lapidas, se convierten en un elemento más del escenario que nos rodea y dejan de llamarnos la atención.

A ese fenómeno se refería quizás Johann P. Eckermann, amigo y secretario de Goethe. al decir que “la arquitectura es una música congelada”. La arquitectura religiosa, y lo mismo sucede con la civil y la castrense del antiguo casco urbano de Santo Domingo se han congelado, y ya son parte de ese decorado que no cuestionamos porque ha dejado de decirnos lo que, sin duda, les diría a los que deambulaban por aquellos callejones a finales del siglo XVI e incluso lo que le dijo en 1876 a Salomé, que aventuró una lectura , simbólica de la historia dominicana a finales del siglo XIX en lo que eran ya ruinas.

Cuatro de esos edificios (tres religiosos y uno civil), representados por sus portales vitruvianos es lo que nos ha obligado a recordar y reubicar en su discurso al Arq. Pérez Montas. Porque si alguna cosa ha quedado bien clara es que Marco Vitruvio Polion, el artillero y arquitecto del emperador César Octavio Augusto (muerto el año 25 A. C.), aun está vivo y presente, después de cinco generaciones, al menos en esos cuatro portales de esta ciudad colonial de Santo Domingo casi dieciséis siglos después de la publicación en latín de sus famosos *Diez Libros de Arquitectura*.



Para sorpresa de muchos en Europa, a finales del siglo XV, Vitruvio estaba otra vez de moda, transformado y renovado. No debe sorprender por eso que las viviendas y templos de Santo Domingo se pensaran y planificaran medio siglo antes de que los arquitectos españoles conocieran la actualización y anotación a los Diez Libros *De Architectura*, obra del teólogo, clérigo y artesano granadino Lázaro de Velasco, impresa en su ciudad natal probablemente en 1564.

Sobre esa reaparición y expansión inesperada del patrón vitruviano, nos recuerda Menéndez Pelayo cómo el humanista valenciano Juan Luis Vives (1492-1540). No sin cierto cinismo, se preguntaba a mediados del siglo XVI: “Quién edifica hoy a la manera de Vitruvio?”. Y pocos años después, agrega Menéndez Pelayo, Europa se llenaba de “fábricas calcadas servilmente de aquellas medidas que él tenía por anticuadas ~ propias de un arte ya fenecido”.¹

Pero algo más que unos portales, que podrían ser un ejemplo más de complacer el gusto del cliente, sin importar, sí enmarcan en el estilo propio de la época, es el patrón o trazado de la ciudad ovandina del siglo XVI, vitruviana en sus raíces, pero otros ejemplos de Las Américas, “Purificada” a través de la tradición medieval y castrense ibérica y hasta avalada con el imprimátur de las Leyes de Indias.²

¹ M. Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas en España 11* (Madrid, 1940), 148-149.



Después de sentarme a aprender con el Arq. Pérez Montas y de hacer mi tarea escolar en la obra anotada de Vitruvio, no me cabe duda de la deuda contraída por los de este lado con los del otro, cada vez más cercano. Aunque no se pueden olvidar las normas del teólogo franciscano catalán Francesc Eximenic o Eximenis, a finales del siglo XIV, en las páginas de Vitruvio estaba ya la formula de oro de la ubicación, distribución y sobre todo orientación de las ciudades.³

Las construcciones intramuros estarán bien orientadas, decía Vitruvio, “si con prudencia se excluyen de las calles los vientos, que si son fríos lisan, si [son] calientes corrompen, si [son] húmedos dañan”.⁴ Una vez trazadas las divisiones de acuerdo con los vientos y repartidas calles, plazas y lugares comunes, continua Vitruvio, “si los muros de la ciudad llegaren cerca de la mar el sitio donde se ha de hacer la plaza del mercado se elegirá junto al puerto. Si estuvieren metidos dentro de tierra y apartados de la mar, se hará en la mitad del pueblo.”⁵

A cualquiera le admira, a mí por supuesto que me admira, que sin los recursos de que hoy disponemos, y sólo con el auxilio de las disciplinas que hoy desdeñamos,

3 *A pesar de contar con una amplia bibliografía, la obra que mayor fama dio a Eminenis file El Crestia, una enciclopedia en trece libros (solo tres se conservan) entre cuyos temas destaca las normas para la construcción de la ciudad ideal. Cfr. Quintín Aldea et alii (eds.). Diccionario de Historia Eclesiástica de España 11 (Madrid, 1972), 889-890.*

4 *Los X Libros de Arquitectura de Marco Vitruvio Poliión, según la traducción castellana de Lázaro de Velasco (Cáceres: Cicon ediciones, 1999), f. 22*

5 *ibid., f. 26.*

Vitruvio Palladio, Vignola y Alberti, por citar los mismos que maneja el Arq. Pérez Montas, nos dieran lecciones de cómo hacer que nuestras ciudades sean sitios donde crecer y vivir mejor, sin olvidar que también la vista y el gusto tienen sus demandas.

Pero hay algo mas que nos admira en los seguidores de Vitruvio, empezando por la versión anotada del citado clérigo granadino, y es el hecho de tratarse de humanistas, y en muchas cosas de escrituristas, escribiendo de una materia que consideramos altamente especializada. Y no podemos pensar que se trata de aficionados o diletantes. Ahí esta de muestra el reconocido *Tractadus cum consiliis contra pudendam seu morbum gallicum* (Roma, 1497), el primer estudio científico sobre la sífilis, obra de Gaspar Torrella, obispo de Cerdeña. Aficionado no era el misionero gaditano P. Alvaro Alonso Barba (1569-1661), autor *del Arte de los Metales* (Potosí 1639), y por no salirnos del tema, tampoco lo era Juan Bautista Primoli, un lego jesuita italiano del siglo XVIII, cuyos trabajos de diseño y arquitectura se conservan en Argentina. De uno u otro modo, en casi todos los casos, fueron las llamadas Letras Humanas e incluso la Teología las que facilitaron el apoyo necesario o al menos el casi obligado punto de partida.

Ese es el caso del jesuita cordobés Juan Bautista Villalpando (1552-1608), discípulo del afamado Juan de Herrera y su compañero gaditano Jerónimo Prado (1547-1595) autores del ingenioso *Tratado de la Arquitectura perfecta en la última visión del profeta Ezequiel* (Roma,



1596-1604). Una ojeada desaprensiva a esa obra, y sobre todo a sus quince planos, basta para darse cuenta de que no se trata de teólogos que han descubierto un hobby para escapar del tedio de la vida conventual, sino que Prado y Villalpando y muchos como ellos son un ejemplo de dedicación a una profesión que tenía una dimensión más allá de la arquitectura y, por supuesto, la misma profecía de Ezequiel: la búsqueda de la perfección en las artes creadas por el ser humano.

Aunque a esta distancia nos resulte cosa propia de ilusos e innecesaria en una ciencia que se precie de tal, estos jesuitas no tuvieron empacho en decir que “la sabiduría de Dios brilla principalmente en la arquitectura”, o que un edificio es como la metáfora de la fábrica del mundo. ¿No es eso lo mismo que demostró Marco Vitruvio, y por supuesto intérprete su Lázaro de Velasco, con su énfasis en la perfección y simetría, codo a codo, de un punto a otro del cuerpo humano, como modelo de las proporciones a que debían ajustarse las construcciones humanas?

“Porque el hombre es la más hermosa y más acabada obra de Dios y su imagen, —dice Velasco en sus comentarios—, y el menor mundo, y que por ésto contiene más perfecta composición, más suave y más excelente dignidad”. Apoyándose en el mismo Vitruvio y otros, explica después cómo “a imitación de la proporción del cuerpo humano se reparte el espacio de templos, capillas, iglesias, casas, y demás de ésto.” Es decir, cualquier parte de los edificios (columnas, alquitrabes, basas, pilares o



pedestales) está hecha, debe estar hecha de acuerdo al orden y proporción que el Creador nos dejó en ese microcosmos o “pequeño mundo” que es el ser humano.⁶

En realidad este modo de razonar no obedece a la indefinición de lo que ahora son ciencias o técnicas dotadas de un método. La constante relación a otras disciplinas, y precisamente humanísticas, que ha hecho en este siglo un historiador tan despierto como el húngaro Arnold Hauser (1892-1978) en su magnífica *Historia Social de la Literatura y el Arte* (1951), y el uso que hizo de la literatura, el arte popular y hasta la publicidad el canadiense Herbert Marshall McLuhan (1911-1980) en sus estudios de la comunicación masiva de la década de los sesenta, bastarían como prueba de que entre las disciplinas de una y otra índole ya no existe oposición, y mucho menos divorcio. Hay “retrocesos” de ese tipo en la historia humana y, por supuesto, en la historia de las ciencias, que tienen cara de progreso.

Sobre ese maridaje de las ciencias, que no se ha perdido, —y el acto de esta noche es una demostración más de ello. Los ya citados Prado y Villalpando, siguiendo al inevitable maestro Vitruvio, decían que el verdadero arquitecto debía ser “un hombre ilustrado en muchas disciplinas y varias

6 *Ibid.*, 123. Una vez que el ser humano es también capaz de “apropiarse” el mundo exterior mediante el conocimiento, la Escolástica acuñó el concepto del hombre como el ser que encierra en sí todas las cosas (“quemadmodo omnia”)



erudiciones”.⁷ Y a propósito del interesantísimo estudio de la luz la iluminación y las sombras, y en fin el color, hablarán de la ineludible “concordia entre las matemáticas y la filosofía”.⁸

En el caso de esa “música congelada” que es la arquitectura, y cerrando así lo que queríamos anotar al principio, debe haber un necesario maridaje con las ciencias humanas sobre todo la antropología, la sociología y por supuesto la semiótica. Si esos portales, muros y callejones del siglo XVI han dejado de hablar nuestro idioma y no queremos que nos los reduzcan a “ruinas”, ¿no será que requieren, y sin duda aceptarán una nueva lectura semiótica, y no sólo unos puntales que retrasen su inevitable caída o una escenografía que les maquille? Al menos esa es mi lectura. antojadiza quizás, de este trabajo de ingreso del nuevo académico.

Muchas gracias.

7 Juan B. Villalpando. *El Tratado de la Arquitectura Perfecta en la última visión del profeta Ezequiel* (Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos, 1990), 137.

8 *ibid.*, 142.

